

CAPÍTULO PRIMERO

¡AMOR!... ¡AMOR!...

MIRE... ¡Aún se ve la cicatriz!... Rouletabille se inclinó sobre el desnudo cuello que se doblaba con gracia, y al borde del casto descote, junto al hombro ambarino de Ivana, distinguió la muy precisa línea blanca que había dejado la puñalada. El joven, confuso y ruborizado, hizo un gesto con la cabeza. Había visto bastante.

Y con emoción murmuró:

—¡Qué salvajes!

—¡Chss! En Bulgaria—observó ella con sonrisa que descubría sus dientes de lobezna—todos somos aún algo salvajes; pero nos hace poca gracia que nos lo digan.

—¡Sí; saben ustedes disimular!—replicó el repórter señalando con un gesto rápido a las muy correctas personas que evolucionaban por el salón del general Vilitchkov, sentábanse a una mesa de *bridge* o hablaban en los rincones.

La mayoría de los hombres llevaban guerrera blanca, cortada de través por la bandolera que sostenía la espada, y pantalón obscuro; otros oficiales iban metidos en

Rouletabille, enardecido por la clara risa de la joven, provocóla diciendo:

—¿Se atreverá a decir que no la quiero?

Se desafiaban con sonrisas, pero estaban tan juntos que hubiera podido creerse que iban a besarse. Entonces Ivana separóse de pronto, porque había percibido el cálido aliento del joven. Y Rouletabille se pasó la mano por la frente, procurando recobrar un poco de sangre fría. Luego fué a reunirse con la muchacha, que detrás de un balcón, con la cortina levantada, contemplaba la ciudad bajo la noche. Y le habló en voz baja, con ansia y con cierto apasionado atrevimiento. Ella le oía atentamente, inmóvil, muda, sin volver la cabeza.

—¿Quiere pruebas de que usted también me ama?... ¿Acaso no lo es la alegría que hemos experimentado al encontrarnos?... ¿Y el paseo de ayer a caballo, por fuera de las murallas?... ¿Recuerda aquel momento, cerca del puente de piedra, en que la sostuve cuando su caballo se encabritó?... La tuve en mis brazos... Pero ¡sólo fué un instante! Y ¿se acuerda de nuestra turbación y de nuestro silencio? ¿No es amor todo eso? Hace unos instantes, cuando nuestros alientos se han mezclado...

—¡Calle! Jamás he de ser su esposa.

—¿Por qué? Déme una razón... Me parece que no ha dicho' eso muy convencida. Pero ¿tiene algún compromiso? ¿Hay alguien que pueda llamarse novio suyo?

Ivana negó con su bella cabeza y explicó, no sin cierto esfuerzo:

—Nadie puede llamárselo, amigo mío... No quiero casarme... Y—añadió con grave y enigmática sonrisa—voy a decirle por qué... Cierta día paseaba yo con mi padre por el Balkán... Como es natural, era muy pequeñita, ya que mi padre fué asesinado cuando yo tenía seis años...

Y aquello ocurrió varios meses antes de su muerte... El caso es que se nos acercó una vieja gitana, me leyó las rayas de la mano y me dijo: «¡Ten cuidado, pequeña, con tu boda!» ¿Qué tal? Como usted comprenderá, no voy a tener ningún interés en casarme.

—¡Oh!—exclamó él—. Si sólo es eso...

Pero al mirar el rostro de Ivana quedó estupefacto. El rostro de la joven se había convertido en mármol. Y Rouletabille desconocía aquellos ojos duros, aquella mirada tenebrosa y hasta a aquella mujer que estaba ante él.

—¿Qué le pasa, Ivana?

—Me pasa «que nadie debe pensar en casarse conmigo». Hace un ratillo le enseñé la cicatriz de una herida de *kandjar* que sufrí a los seis años, ¿no?... Precisamente para evitar una segunda herida me ha hecho viajar tanto mi tío; por eso he ido a estudiar medicina a París. ¡Ya conoce la causa de mi destierro!... No es una razón heroica, pero sí bastante romántica... ¡Confíeselo!

—Pero—exclamó el repórter—¿es posible que no hayan sido olvidadas las viejas historias de los compañeros de Panitza y de los asesinos de Veltchef?... ¡Caramba! Ya han sido bastante vengadas sus sombras sangrientas a costa de Stamboulov y de los suyos, de los de ustedes...

—*Parece ser que no*—dijo Ivana volviéndose hacia el joven y escrutando la emoción sincera y profunda de éste—. Aquí los odios son eternos; nunca hay que fiarse de ningún perdón.

—¡Oh!—exclamó Rouletabille—. Entonces ¿de quién y de qué puede fiarse uno en su país, Ivana? Y, sobre todo, ¿por qué ha vuelto usted?

—Porque tal vez haya guerra—musitó ella entre sus labios pálidos, de los que parecía haberse retirado toda

la sangre—. ¿Comprende usted?... Mi vida no vale nada. Y además, ¿qué es la vida?

Ivana agarró con su fría mano la mano ardiente del repórter, y, refiriéndose a los invitados de su tío, dijo:

—Y en último término, ¿qué es una cuchillada?... Quizá no hay ni uno de esos graves varones, sobre todo los viejos, que no pueda mostrar bajo la ropa varias cicatrices como la que ha parecido emocionarle antes... Mire... Ese caballero de corbata blanca y lentes, que baña el labio rasurado en la taza de té y que parece un probo funcionario retirado...

—Es muy inteligente — interrumpió Rouletabille—. Hace poco le oí hablar de los hombres de ahora. Los deshacía como un relojero la máquina de un reloj.

—Sí; ve el fondo de las cosas como a través del agua límpida... Es Stancho, campesino en tiempos pasados y vicepresidente de nuestra Sobranié. Fué uno de los cinco que acompañaron a Zacarías Stoianov en su última aventura a Troian, antes de la guerra de la Liberación. Estuvo quince días errando por un bosque, sin más alimento que acedera silvestre y caracoles. Al día siguiente fué presa de una partida de *bachi-buzuks*. Los turcos descubrieron que era un «comité». ¡Buena le esperaba! Y los *zeptiés*, antes de ahorcarlo, le pusieron una corona de flores y le decían: «¡Cuánto gustarás a las hermosas hijas de Troian!» Y le ahorcaron...

—¡Imposible!

—Posible... Al colgarlo dispararon sobre él. Y eso le salvó, porque una bala cortó la cuerda. Como tenía otras cinco balas en el cuerpo, le dieron por muerto.

—Entonces vuelve del otro mundo, ¿eh?— observó Rouletabille asombrado.

—En mi tierra—dijo Ivana con cierto orgullo— todos

volvemos del otro mundo. Fijese en esos cuatro que están jugando al *bridge* en esa mesa. Todos se han asesinado entre sí más o menos. El que sólo tiene cuatro dedos en la mano derecha, perdió el quinto cuando asesinaron a Stamboulov. Los dos que están enfrente de él son primos de Karavélov, a quienes Stamboulov apresó, hizo desnudar y mandó que les azotaran hasta el desvanecimiento. Seguramente formaban parte del complot en que pereció Stamboulov y en que sucumbieron asesinados mi padre y mi madre.

—¿Y los recibe usted en su casa?

—¡Oh!... No han intervenido directamente en el atentado...

—¡Bello país!—bromeó el repórter.

—Al fin y al cabo, vamos a tener guerra—dijo Ivana con voz sorda—. ¡Y nuestro deber es olvidar todas nuestras rencillas y nuestros rencores domésticos!

—Bien—repuso Rouletabille—. Por eso mismo no la comprendo cuando usted me dice, a pesar de la guerra inminente, que está constantemente en peligro de ser la víctima de esos odios...

—Es que en mi caso hay mezclado un *pomak*—explicó la joven dulcemente, con triste sonrisa.

—¿Qué es un *pomak*?

—Un búlgaro que se haya hecho musulmán. Le aseguro que no tenemos más terrible enemigo.

—¡Sí que debe ser una cosa delicada!—dijo Rouletabille moviendo la cabeza—. ¿Y cómo se llama ese *pomak*? ¿Puedo saberlo?...

—¡Se llama Gaulowl!...

El repórter había conservado la mano de Ivana en la suya. Y notó que la mano se estremecía mientras la joven pronunciaba en voz muy baja aquel nombre.

CAPÍTULO II

¡SANGRE!... ¡SANGRE!...

EN aquel momento entró en el salón un nuevo personaje que se dirigió en seguida hacia Ivana. Apenas la había saludado, cuando le tendió una hoja de telegrama...

—¿Qué hay, Vastchenko?

—Haga el favor, Ivana Ivanovna, de leer este telegrama de Andrinópolis que acaba de mandar Atanasio Khetew.

—¿Atanasio Khetew?—dijo Rouletabille—. ¡Le conozco! Vino a París...

—Sí—corroboró Ivana—. Es aquel a quien usted llamaba *el huno*...

—Lea, lea—insistió Vastchenko.

Ivana, luego de leer, sonrió para decir:

—¡Vaya con Atanasio! Siempre está pasando apuros por culpa mía...

—¿Qué le ocurre?—se creyó con derecho a preguntar Rouletabille.

Ivana entonces tradujo el telegrama:

«Vaya a ver a Ivana y dígame que estoy triste porque

he tenido una pesadilla esta noche; que cuide mucho de su preciosa salud y de la de su tío y que no salga de casa hasta mi llegada, que es cuestión de unas horas.»

—Me parece inquietante ese telegrama—dijo Rouletabille.

—¡Bah!... Atanasio Khetew siempre lo ve todo muy negro—replicó Ivana.

El repórter le preguntó en voz baja:

—¿Dónde vive ese *pomak*?

—Sólo se sabe vagamente... Entre el Estrandja y el Mar Negro... Desaparece durante años enteros... Señalan a veces su presencia en Andrinópolis... De vez en cuando, resurge en Bulgaria... Seguramente viene a ver si estoy allá... Y después no se oye hablar de él...

Y cuando Rouletabille, en señal de afecto y protección, apretó la mano que le abandonara Ivana, ésta tiró de él...

—Venga, venga—le dijo—. Conviene que sepa usted cómo murieron mis padres...

Levantó una cortina y dejaron el salón, al que Rouletabille dirigió una postrer mirada. A todos aquellos personajes tan correctos y tan tranquilos que hacían alrededor de las mesas todos los gestos de la civilización, los veía ahora desnudos, ensangrentados, desgarrados por el hierro enrojecido de las pasadas guerras y de las luchas civiles, asesinándose atrozmente en nombre de la patria por la cual estaban dispuestos a morir juntos y a traicionar juntos... ¡Civilización y Edad Media!... ¡Qué mezcla tan extraña, engañosa, cruel, atractiva y repelente de la extremada, hipócrita y burguesa cortesía del Occidente con los bárbaros instintos del Oriente!

Ivana le hizo atravesar una habitación oscura, cuya única lámpara parecía puesta allí con el solo objeto de alumbrar un retrato de Stamboulov joven. Ivana [se] lo

señaló. Y el repórter leyó, bajo el retrato, estas líneas firmadas por Zacarías Stoiánov: «Le llamaban el estudiante, pero su palabra ardiente, su resolución inquebrantable, sus canciones patrióticas, hacían sentir a los más aletargados. La fatiga, el hambre, la esclavitud, la muerte, no eran nada para él.»

— ¡Sobre todo la muerte de los demás!—observó Rouletabille.

Ivana, sin inmutarse, dijo:

— Sí que mató a mucha gente. Casi no hay familia que no tenga que reprocharte una víctima de su patriotismo. Bien hacía las cosas, ¡bien! Los calabozos estaban repletos; y hubo buenos racimos de horca después de la conspiración de Routschouk y la traición de Paultza... Era preciso, sí, preciso... Mi padre fué el brazo derecho de Stamboulov... ¡También él salvó a la patria!... Y ambos perecieron en la demanda... ¡Venga!...

Le llevaba por una de las últimas casonas que en Sofía habían conservado su carácter a medias eslavo y bizantino. Era un enorme edificio construido con poca piedra y mucha madera; de habitaciones vastas y oscuras, atravesadas en lo alto por tremendas vigas, y a las cuales daban pasillos insospechados, cuartos disimulados y alcobas que eran verdaderas sorpresas... Y por dondequiera había muebles ridículos; pesados tapices hacían flotar sobre las paredes las hieráticas figuras de los santos ortodoxos, tales como los fijaron los monjes del monte Athos; iconos y alhajas alrededor de ciertos retratos; arcos con incrustaciones de marfil, de oro y de piedras preciosas... y suelos cansados que gemían al paso. Aquella curiosa y antigua mansión es considerada ahora en Sofía como un fenómeno, sobre todo por estar en la calle de Moskouska y en un barrio donde todo es

nuevo, a excepción de la antigua iglesita de Santa Sofía.

¡Qué casa tan vieja!... ¡Cuántos dramas ha visto!... Llora y gime como una viejecita de miembros descarnados a la que empujen un poco. Por eso, cuando abrieron una puerta, dió ésta un quejido tan lúgubre, que Rouletabille se detuvo en seco, deteniendo también, por la ropa, a Ivana. Pero ella, dirigiendo al repórter aquella mirada profunda que le hubiera hecho ir hasta el infierno, dijo:

— Venga, venga...

Y entraron en una habitación que parecía una capilla. La piedad del general había reunido allí todos los recuerdos materiales que le quedaban de su hermano y de la mujer de su hermano, la madre de Ivana. ¡Qué recuerdos! La mirada, en aquella oscuridad agujereada por los guiños de las lamparillas de aceite, topaba ante todo con dos manos cortadas, espantosamente mutiladas, que habían sido preparadas para la conservación tal como el asesinato las había dejado y que mostraban sus heridas en una vitrina, de la misma manera que a veces, tras la luna de las joyerías, una mano de cera enseña sus sortijas o sus pulseras. ¡Aquí eran sortijas y pulseras cuya púrpura se había puesto horriblemente oscura!

— Son las manos de mi padre...

Pero, al oír un ruido detrás de ellos, se volvieron. En la sombra, sobre un sofá, se movía un bulto que se levantó en seguida pronunciando palabras que el joven no comprendió. Y avanzó un hombre, vestido como los tziganos, a quienes Rouletabille había visitado la víspera, acompañado de Ivana, en un pueblecito de junto al cementerio. Llevaba grandes botas, unos pantalones muy gruesos, una holgada casaca bastante sucia y un gorro de piel de gato de tres colores.

— Es—dijo ella—nuestro pastor, Velio, fiel como un pe-

rró. No sé por qué, mi tío lo ha puesto aquí con orden de no dejar entrar a nadie. Velio quiere que nos marchemos. Se lo va a decir a mi tío...

Ivana se dirigió a un cofre, pintado con ingenuas imágenes y claveteado de cobre por completo, que estaba colocado sobre un taburete bizantino, al lado de los restos manuales del ilustre muerto...

Con una llavecita lo abrió...

—Aquí—dijo—están los recuerdos de mi madre...

Y sacó, sin emoción aparente, pero luego de haberlas besado repetidas veces, varias reliquias... Telas de vieja seda... Un par de guantes, de largos guantes blancos mancillados de atroces manchas oscuras.

—Mire estos guantes... ¡Pobre mamá!... ¡Pobre mamá!... Y la ropa que llevaba aquella noche... Se había vestido magníficamente porque tenía que celebrarse en casa una recepción de gala... ¡En qué estado se encontraba la ropa!... ¡Bandidos!... Cuando estuvo muerta la arrastraron, tirando de la ropa, hasta el balcón... ¡Querían arrojar su cadáver al populacho!... ¡Ya puede figurarse los gritos que daríamos mi hermanita y yo!...

—¿Cómo, Ivana? ¿Estaba usted allí?

—Aquí—respondió la joven señalando un rincón de la vasta estancia—. Mi hermanita y yo nos habíamos refugiado detrás de ese butacón...

—Nunca me había dicho usted que tuviese una hermana.

—¡Pues ya lo sabes!... Pero murió... Fué en Constantinopla. Y la echaron al Bósforo.

—¿Al Bósforo?

—Sí. En un saco de cuero, según parece... Pero realmente no tenemos seguridad de ello... Nos lo han dicho... ¡Pobre Irené!... ¿Por qué me mira usted de esa manera?...

Recuerde la visita de Atanasio Khetew que recibió el año pasado en el hospital de la Pitié...

—¡Oh! Recuerdo perfectamente la visita del huno...

—Entonces me puse de luto... Entonces me enteré de la muerte de mi hermana...

—Pero ¿aún son arrojadas al Bósforo mujeres dentro de un saco de cuero?

—Le advierto que de ello hace ocho años, aunque no nos enteráramos hasta el año pasado... Y es que los que caen allí no mandan esquelas de defunción...

No bromeaba al pronunciar aquella extraordinaria e inesperada frase. Ahora estaba detrás del sillón que, cuando ella tenía seis años, la había ocultado un instante a las miradas de los asesinos.

—¡Qué escena, amigo mío, qué escena! Habíamos venido con nuestra vieja *gnia-gnia* rusa para admirar la toaleta de mamá. También la vieja *gnia-gnia* fué asesinada. ¡Y qué rápido fué todo! Stamboulov, valiente como un jabato, no tomaba ninguna precaución. El 15 de julio de 1895, salió hacia las ocho del Union Club con Petkol y mi padre, y subía en su coche para volver a casa cuando los asesinos se abalanzaron sobre Stamboulov y mi padre y los derribaron a puñaladas y tiros, sin que los gendarmes interviniesen. ¡Oh! ¡Fué un golpe bien preparado! A los infortunados los hicieron a trozos. Mi padre, solamente en la cabeza, tenía quince heridas. Sus brazos estaban horriblemente destrozados, las manos no se sostenían más que por un poco de carne. Y mientras ocurría la tragedia, mi hermanita y yo felicitábamos a mi madre por lo guapa que estaba y lo bien vestida que iba. De pronto, en la habitación de al lado se dejó oír un vozarrón; luego, pasos precipitados, muebles que se tambalean... La puerta se abrió. Y mi madre lanzó un grito

desgarrador: «¡Gaulow!» Sí, era Gaulow con un sable desenvainado en la mano. ¿De dónde salía? ¿Del infierno? Porque lo más raro era que se le creía muerto. Mi mismo padre había enseñado a mi madre, que temía mucho a Gaulow, un informe de la policía en ese sentido. Era hijo natural y adorado de un compañero de Panitza. La noche en que ejecutaron a su padre y a Panitza, juró públicamente destruirnos a todos. Al oír ruido, pues, las pequeñas, asustadas, corrimos detrás del butacón. Mi madre, para protegernos, se arrodilló delante de nosotras, suplicando, con las manos juntas, a Gaulow. Pero Gaulow le atravesó el cuerpo con su sable. Y comoquiera que ella, con sus manos enguantadas, se había agarrado a Gaulow, Stefo el Dálmata, segundón de Gaulow, se las cortó a puñaladas. Para cometer el asesinato habían venido cuatro. Los otros dos, luego de haber muerto a la *gnia-gnia*, se dirigían hacia nosotras, atraídos por nuestros gritos. Pero Gaulow, encarnizado con mi madre, nos reclamó como presa suya: «¡Dejad las niñas para mí!» Y arrancó un *kandjar* de la mano de uno de sus secuaces para herirme...

Ivana, mientras hablaba, había vuelto al cofre, de donde sacó todavía alhajas antiguas de gran valor, admirables collares de perlas, una cruz griega de diamantes y rubíes, pulseras de una labor maravillosa. Aquellas joyas ensangrentadas constituían una fortuna...

—Las alhajas de mi madre...

Ivana las volvió a dejar y quedó contemplándolas, con las manos coquetamente apoyadas en las caderas. Pero volvió el pastor Velio, con sus largos cabellos blancos bajo el *kalpack* y los bigotes colgantes. Ivana se volvió hacia él. Y Rouletabille se emocionó al ver que la joven tenía los ojos anegados de lágrimas. Precisamente cuan-

do la creía de mármol, lloraba. En su país, por lo visto, era así: tan pronto tenía la dureza de la piedra como se fundía por influencia de los más tiernos sentimientos o poníase tiesa y feroz como un gallito de pelea.

En París siempre era serena y clara. El cambio, por lo visto, se debía a la vieja morada de sangrientos muros. Era natural. El caso es que Ivana pareció tener una disputa con el pastor y luego hizo a Rouletabille señal de que habían de salir de la habitación. Volvieron, pues, a los salones de suelo encerado y gimiente. Y continuó Ivana su narración.

—Yo—dijo—iba a morir; pero el horror, el terror, me dieron una agilidad inaudita, gracias a la cual conseguí escabullirme de las manos asesinas y llegar al grupo de amigos de mi padre que traían su cadáver. Cuando entraron en la habitación no encontraron más que los cuerpos descuartizados de mi madre y de la *gnia-gnia*. Mi hermanita había desaparecido. Gaulow, a última hora, en vez de matarla, cambió de idea y se la llevó. Irene era muy bonita. Más tarde nos enteramos de que la había vendido por buen precio a un traficante de esclavos de Trebisonda.

Rouletabille exclamó:

—¡Qué espantoso es todo eso! ¡Cuánto crimen!... Y ¿por qué? ¿Para qué?...

—¿Por qué? ¿Para qué?—repuso la joven con tranquilidad—. Me hace usted mucha gracia. *Es la política, querido amigo.*

—No tengo triunfo—dijo uno de los que jugaban al *bridge*, en el momento en que los dos jóvenes volvían al salón.

Rouletabille, al mirar a aquel jugador, que era un coronel servio, lo reconoció.

—¿No es Stoian Mikaïlovich?—bisbiseó—. ¡El que asesinó a la reina!...

—El mismo. Se ha dicho, en efecto, que asesinó a la reina Draga...

—Buenas noches, Ivana—dijo el coronel, mientras se arreglaba los naipes—. Hoy está usted tan bella como una joven leona.

—¡Tiene razón!—aprobó Rouletabille—. Su gentileza, Ivana, tiene esta noche un nosequé de crueldad. ¿Le es simpático ese hombre?

—¡Mucho!

—Yo no puedo mirarle sin estremecerme. Al pasar por Belgrado he visto el lugar en que él y su horda asesinaron al pobrecito rey y a la infortunada reina Draga...

Ivana le miró extrañamente para decir:

—Era un *pobrecito rey* que había vendido su país a Austria. ¿Iban a darle las gracias, acaso?... ¡No han hecho más que cumplir con su deber!... ¿Cree usted que si nuestro rey no cumpliera con el suyo...?

—Dicen que está a partir un piñón con Alemania—murmuró Rouletabille—. Y Guillermo es amigo de los turcos. Conque ¡ajo!...

La joven se encogió de hombros y se alejó bruscamente, con hostilidad. Paseó con cierta excitación entre los grupos y luego desapareció sin tan siquiera despedirse de Rouletabille.

Este salió, bajó y llegó a la calle con la cabeza ardiendo y el corazón revuelto contra Ivana Ivanovna porque aprobaba el asesinato de Alejandro y de Draga. Decididamente ¡Rouletabille era un sentimental y un mal político!...

Lo que tenía que hacer era desconfiar de aquellos amores eslavos, desengañar a su corazón... Cuando estu-

vo en Rusia conoció muchachas de esas que parecen dulces y tiernas como corderitas, pero que lo sacrifican todo a una idea, que tienen heroico corazón de piedra contra el que se estrella la frente de los enamorados. Ivana, con su serenidad y buen sentido en París, le había equivocado. Y él pensó en un matrimonio tranquilo con aquella doctora que le brindaría descanso para sus aventuras. ¡Oh!... Lo peor era que la amaba, ¡la amaba! Rouletabille estaba enamorado por primera vez. ¡Cuánto quería a su Ivana Ivanovna! A pesar de que ahora la detestaba, quizá nunca la había querido tanto.